

III.—*El Estado normando. Roberto Courte-Heuse y Enrique Beauclerc* (1)

Hacia tiempo que se realizaba un trabajo análogo en el gran feudo limitrofe de Flandes, el ducado de Normandía. Guillermo *el Conquistador*, reforzando el poder ducal de la autoridad adquirida en Inglaterra, había reducido en provecho de la paz toda resistencia. El feudalismo del Bajo Sena, temible por concepto distinto que el del Escalda, se había desterrado ó resignado á la inacción.

Grande hubiera sido la tranquilidad en el ducado si *el Conquistador* no hubiese debido reprimir las revueltas de los miembros de su propia casa.

Duque y rey, no había jamás consentido en ceder á ninguno de sus hijos la partícula más insignificante de su doble autoridad. Sus diferencias con el primogénito Roberto *Courte-Heuse* nos son conocidas. Cuando mu-

rió (1087) una parte de su obra política fué puesta en litigio. Por lo menos la unidad del imperio anglo-normando se hallaba quebrantada. El ducado de Normandía, devuelto á Roberto, fué disgregado del reino inglés y recobró durante un período de diez y nueve años (1087-1116) su existencia independiente. Por la voluntad expresa del padre debió el primogénito contentarse con la corona ducal y dejar á su hermano Guillermo *el Rojo* tomar posesión del reino. Había derogado *el Conquistador* la ley civil que prevalecía en la mayor parte de los grandes feudos, porque consideraba Inglaterra como la parte esencial de su imperio y desconfiaba justamente de su hijo mayor. La dominación de Roberto ocasionó en efecto un período de anarquía y de profundas turbulencias.

Caballero y no más que caballero, Roberto era del tipo de los que hablan y obran en las novelas románticas. Era de carácter belicoso y de valor á toda prueba: se ve en la cruzada, en que entró lleno de entusiasmo y en la que se colocó por sus altos hechos en la primera fila de los jefes.

En cuanto á su aspecto físico, nada tenía de héroe de novela: pequeño, corto de piernas (de donde procede su sobrenombre), el cuerpo grueso y rechoncho, ancha y bastante simpática la cara. Las crónicas hablan de su voz fuerte y bien timbrada y de su notable verbosidad. Natural simpático, en suma, que hace hallar en este soldado algo que faltaba á sus hermanos y á la mayor parte de los barones: un alma buena y generosa. Ni cruel ni vengativo; al contrario, incapaz de rencor y dispuesto siempre á perdonar. Esta dulzura de costumbres en el medio salvaje en que vivía, pasaba por debilidad incomprensible. Cuando los habitantes de Ruán

conspiraron para entregar su ciudad al rey Guillermo *el Rojo* (1090), Roberto, vencedor de los rebeldes y dueño de la situación, habría, si se le hubiera escuchado, perdonado la vida á todos, excepto á los conspiradores principalmente comprometidos, mientras que su hermano Enrique, que le había ayudado á triunfar, halla un gran placer en arrojar desde lo alto de una torre al jefe de la clase acomodada de la ciudad. Los dos

(1) OBRAS DE CONSULTA.—Le Hardy, *Le dernier des ducs Normands*, en el «Bulletin de la Société des Antiquaires de Normandie», tomo IX, 1880. Freeman, *The reign of William Rufus and the accession of Henry the First*, 1882.

hermanos, llamados á resultar muy pronto dos rivales, ofrecían el más vivo contraste. Enrique empleó su vida en atesorar y Roberto en repartir prodigamente su oro.

Llevó éste hasta el vicio su *liberalidad*, esa virtud del caballero, dando todo lo que poseía y prometiendo todo lo que no tenía. En vida de su padre y más tarde, cuando fué duque, su existencia fué una mendicidad perpetua. Verdadera cabeza loca, se dejaba explotar por todos los que se le acercaban y sobre todo por la turba de muchachos y de bufones que invitaba á sus orgías. Si hubiera de creerse á Orderico Vital, llegó este poseedor del más rico ducado de Francia á pasar todo un día en la cama por carecer de ropa con que vestirse «y no poder asistir desnudo á oír el oficio religioso.» Sus queridas y sus amigos le habían robado los vestidos, incluso los pantalones y el calzado, seguros de que no se quedaría.

Guillermo *el Conquistador* había previsto antes de morir que este *libertino* (*nebuloso*) haría un detestable jefe de Estado.

Durante los diez y nueve años que Roberto *Courte-Heuse* ocupó el trono ducal, se disgregó la Normandía. El dominio particular de los duques, dilapidado, vendido, alienado de todos modos, se disipó entre sus manos. Debilitada la autoridad del alto soberano, volvió el feudalismo á sus hábitos de pillaje y á sus guerras, civiles. La poderosa familia de Bellême ó de Talvas que dominaba desde sus castillos y tiranizaba toda la Alta Normandía, se impuso á *Courte-Heuse* y se convirtió en la verdadera dueña del ducado y del duque. Roberto de Bellême, bandido harto inteligente, pero feroz, cuya refinada crueldad horrorizaba á una población de suyo muy ruda, pudo á su placer desencadenar sus furores. Creció el desorden hasta el punto de que la Normandía, colocada entre el deseo de ser independiente, bajo una dinastía especial, y la necesidad de paz y de seguridad, no dudó. Se inclinó hacia Inglaterra. Por lo menos los clérigos y los ciudadanos solicitaron ser gobernados.

Los reyes de Inglaterra, Guillermo *el Rojo* (1087 á 1100), y después de él Enrique Beauclerc, aspiraron á reconstituir el edificio levantado por su padre, reuniendo el ducado y el reino. Roberto cometió la imprudencia de precipitar sus ataques. Incapaz de administrar un Estado, sintió la ambición de gobernar dos. Muchas veces, principalmente en 1101, intentó sin éxito recobrar, en nombre de su derecho de primogenitura, la corona inglesa. Desde entonces su perdición fué segura.

Al revés de lo que había ocurrido en 1066, fué Inglaterra quien procedió esta vez á la conquista de Normandía. Ya Roberto había sido obligado á ceder á Guillermo *el Rojo* una parte importante del territorio ducal, los condados de Aumale y de Eu. Enrique Beauclerc se apoderó sucesivamente del resto, de tal modo que al fin el desgraciado duque no era reconocido sino por cuatro ciudades: Caen, Falaise, Bayeux y Ruán. Velase aún obligado á solicitar de los ciudadanos el dinero para sus gastos necesario. Acabaron éstos por rehusarle y cerrarle sus puertas. En 1106, pareciéndole las circunstancias favorables, se decidió Enrique á acabar con ese *indigente*. Se aseguró antes del asentimiento del papa Pascual. El Capeto, comprometido en una lucha difícil con los castellanos que rodeaban París, no se

IV.—*El Estado Angevino* (1)

cuidó de intervenir para salvar á un duque de Normandía que los normandos mismos rechazaban.

La batalla de Tinchebrai (28 de septiembre de 1106) hizo caer á Roberto *Courte-Heuse* en manos de Enrique I. No tenía éste tierna el alma y no cedía ante los cautivos peligrosos. Enviado Roberto á Inglaterra, permaneció preso hasta su último día, durante veintiocho años. Prisión harto larga en verdad: el duque de Normandía pudo entregarse allí á sus gustos de sensualidad y pereza. La tradición le representa, sin embargo, encadenado en un negro calabozo, los ojos vaciados.

Cuando el papa Calixto II, al hallar á Enrique I en Gisors (1119), le pidió cuenta de su conducta acerca de su

hermano, el rey le contestó: «No le he cargado de hierros como á un enemigo cautivo, le he alojado en uno de mis castillos como un noble extranjero herido por la adversidad. Le he provisto de abundante alimentación y le he procurado otras dulzuras y un mobiliario tan variado como comfortable.» Después se justificó de haber conquistado la Normandía: no había despojado á su hermano, puesto que Roberto *Courte-Heuse* no la poseía ya en realidad. «El ducado era víctima de bandidos que lo asolaban de lastimosa manera. Se había allí dejado de honrar á los sacerdotes y á los demás servidores de Dios, y el paganismo había sido poco menos que restablecido en Normandía. Los monasterios que nuestros antepasados habían fundado para reposo de sus almas eran destruídos, los religiosos obligados á dispersarse por imposibilidad de mantenerse. Las iglesias eran entregadas al pillaje y la mayor parte reducidas á cenizas, y los sacerdotes vivían escondidos. Sus feligreses se mataban entre sí. La Normandía, víctima de estas calamidades durante siete años, no ofreció seguridad alguna para nadie. Imposible imaginarse, cuando no se ha visto, la innumerable cantidad de muertes, incendios y de horribles atrocidades que han desolado ese desgraciado país. A la vista de tanta maldad no he querido rehusar mis servicios á nuestra Santa Madre la Iglesia, y me he esforzado por cumplir de saludable manera la misión divina de que fué encargado.»

¿Qué puede reprocharse á un hombre que salva la Iglesia y el orden público? Consagró el papa con su silencio el hecho consumado.

Rehacía así Enrique I la unidad política del imperio normando y supo mantener intacta su obra, á pesar de todos los esfuerzos de los enemigos interesados en destruirla. Normandía, que vivió en calma bajo esta mano firme, no lo lamentó. Sólo los barones, que querían la independencia del ducado para que en él reinase la anarquía, protestaron por medio de algaradas. Roberto *Courte-Heuse* había dejado un hijo, Guillermo Clitón. Durante veintidós años (1106-1128) todas las potencias á que la unión de Normandía é Inglaterra pareció peligrosa, se sirvieron de ese niño como de un juguete para separar el ducado del reino. El rey de Francia Luis *el Gordo* fomentó esos odios y procuró explotarlos en beneficio de su dinastía. Hallaremos de nuevo al feliz normando en el terreno de su eterno duelo con el Capeto. No saldrá perdiendo. Normandía continuó unida á Inglaterra que la había conquistado, pero ganó en progreso social y en paz.

Los fundadores de la angevina pujanza, Folco Nerra y Godofredo Martel, realizaron sobre todo obra de conquistadores. A la muerte de Godofredo (1060), 1060 una guerra de sucesión que puso frente á frente sus dos herederos, Folco *el Ceñudo* y Godofredo *el Barbudo*, hizo temer que resultasen inútiles los progresos ya realizados y comprometido el porvenir. Había Martel designado á Godofredo *el Barbudo* para sucederle en el condado, pues le había legado el Anjou y la Turena, no dejando *al Ceñudo* más que feudos poco importantes bajo la soberanía de su hermano. Pero *el Ceñudo* no quiso entenderse sometido al primogénito y quiso invertir el orden de sucesión. Quisquilloso y arisco, como su nombre lo indica, hizo á su hermano durante cinco años una guerra sin cuartel que cubrió de ruinas los campos de Tours y de Angers. Cuando terminó, Folco era dueño de esta última ciudad. Godofredo fué encerrado en el torreón de Chinón, donde vegetó, medio loco, durante cerca de treinta años. De esta lucha fratricida salió Anjou desolado y reducido. Folco dejó á los aquitanos recobrar Saintonge, cedió Gatinais (patrimonio del *Barbudo*) al rey de Francia y reconoció para el condado de Tours la soberanía de la casa de Blois.

A este precio pudo reinar solo; pero no supo devolver á su país la tranquilidad y el prestigio perdidos. Y no es que este hombre fuese desde todos los puntos de vista despreciable. En su juventud se había ilustrado ba-

tiendo á los aquitanos en Chef-Boutonne (1061). 1061 Por dos veces resistió á Guillermo *el Conquistador* que quería tomarle Flèche. Era, por otra parte, inteligente y relativamente instruído, como todos los príncipes de su familia (2). Pero su vida privada no fué sino un continuado escándalo. Hermano detestable, no parece haber valido mucho más como padre. Amenazó con desheredar, en provecho de un hijo más joven, á su primogénito Godofredo Martel II, joven bravo, generoso, amable, de quien las crónicas no han dicho sino bien. Obligado á rebelarse, tomó Angers (1103) y forzó á su padre á partir con él el gobierno del condado. Tan popular como poco lo era *el Ceñudo*, habría concluído por relegarlo á segundo término si no hubiera sido muerto á traición en el sitio de Candé (1106). Hallóse así 1106 Folco desembarazado tan oportunamente de este hijo incómodo, que sus súbditos supusieron con toda reserva que había ayudado á la muerte.

Libertino y borracho, casó con cinco mujeres, repudió las cuatro primeras y no pudo impedir á la quinta, Beltrana de Montfort, que se dejase raptar por el rey de Fran-

(1) OBRAS DE CONSULTA.—Celestino Port, *Dictionnaire biographique de Maine-et-Loire*, 1876. Kate Norgate, *England under the angevin Kings*, tomo I, 1887. M. Prou, *L'acquisition du Gâtinais par Philippe I*, 1898. Dodu, *De Fulconis Hierosolymitani regno*, 1894. Halphen, *Essai sur l'authenticité du fragment d'Histoire d'Anjou attribué à Foulque le Réchin*, en la «Bibliothèque de la Faculté des Lettres de Paris», fascículo XIII, 1900.

(2) Se posee bajo su nombre un fragmento de una crónica de los condes de Anjou, que haría de él, si realmente fuese su autor (lo que creemos y parece haber demostrado uno de nuestros discípulos, M. Halphen, en la «Bibliothèque de la Faculté des Lettres de Paris», fascículo XIII), el más antiguo historiador de la región y asimismo el primer historiador laico de Francia en la época capetiana.

cia Felipe I. Folco se sorprendió grandemente; pero no parece que intentara nada decisivo para recuperar su bien. Dió, por lo contrario, prueba de una filosofía poco común. En 1106 Felipe y Beltrana vinieron á visitarle á Angers y los recibió con todos los honores debidos á la dignidad real. Acaso á este detalle alude Suger cuando nos muestra *al Ceñudo* sentado sobre un escalón á los pies de esa mujer que le había abandonado, pero que seguía haciendo de él lo que se le antojaba, manejándole «como blanda cera.»

Entregado por completo á sus vicios, Folco IV llegó al final de su vida sin fuerzas ni para establecer policía en su feudo. Están los cronistas de acuerdo en afirmar que abandonaba Anjou á merced del bandolerismo. Algunos hasta pretenden que los ladrones, á fin de operar más libremente, le asociaban á sus beneficios. A la afirmación de este reprobable concierto se opone únicamente el elogio de un monje de la Trinidad de Vendôme, que recuerda en los siguientes términos la muerte

**1109** del *Ceñudo* (1109): «En este año murió Folco, conde de Anjou, hombre lleno de piedad y de misericordia. Fué enterrado en nuestro monasterio de la Trinidad de Angers, que designó él mismo para su sepultura.»

Los verdaderos fundadores del gobierno señorial en Anjou, Folco V *el Joven*, hijo del *Ceñudo* (1109-1129) y Godofredo *el Hermoso* (1129-1151), su nieto, hicieron de su feudo el Estado de la Francia capetiana mejor centralizado y más potente.

«Folco *el Joven*, ha dicho Guillermo de Tyr, era un hombre de cabellos rojos, pequeña estatura, capaz de soportar toda clase de fatigas, muy experimentado en el arte militar, de recursos políticos, dulce, humano, afable, leal, muy generoso con los pobres y la Iglesia. Godofredo, según el monje Juan de Marmoutier, era rubio como su padre, pero más alto, de figura agradable, seco el cuerpo, nervioso y de ojos vivos. Incomparable como soldado y jefe de armada, no era sólo un hombre de guerra, sino un hombre letrado, que conocía la historia y tenía una conversación amena. Amable, generoso, simpático hasta á sus enemigos, parece que fué popular, como lo prueba una anécdota atribuída, es verdad, á otros soberanos, de que la multitud guarda un buen recuerdo: la del carbonero que encuentra su amo perdido en la cacería y le lleva á su palacio (1).»

Folco *el Joven* y Godofredo *el Hermoso* emplearon su vida en perseguir á los perturbadores de la paz pública, en disolver las ligas de señores feudales y en asediar y quemar los castillos rebeldes. Esta obra de heroísmo les presta un singular parecido á Luis *el Gordo*. El padre combatió á los castellanos de la Isla Bouchard, de Doué, de Brissac, de Preuilli, de Montreuil-Bellai; el hijo hizo una guerra más ruda y más afortunada aún á los condes de Laval, á los vizcondes de Thouars, á los

(1) En el museo de Mans se conserva una gruesa placa de cobre esmaltado en que el conde de Anjou está representado con la barba y los cabellos blondos, vestido con un traje azul claro, un jubón verde obscuro y con un manto gris forrado de azul. Tiene en una mano la espada y en la otra el escudo con los cuatro leones de oro. Sólidas razones permiten creer que esta figura no es la de Enrique Plantagenet, sino de su padre Godofredo *el Hermoso*, el dominador del feudalismo angevino, conquistador de la Normandía.

señores de Parthenai, de Mirebeau, de Amboise, de Montreuil y de Sablé.

El mismo feudalismo eclesiástico, los obispos de Mans, los canónigos de San Martín, los arzobispos de Tours no osaron de ordinario hacerle frente. La burguesía encontró en ellos amos autoritarios que no la permitieron hacerse independiente. Los ciudadanos de Angers, que intentaron en 1114 rebelarse contra Folco *el Joven*, perdieron las ganas de reincidir. La Turena y el Anjou fueron, al Norte del Loira, las dos provincias en que el movimiento de emancipación urbana se manifestó más débilmente. No sólo no se trató allí de la libertad comunal, sino que las grandes ciudades permanecieron estrechamente sometidas á los oficiales y á los jueces del alto soberano.

Estos condes, tan temidos en el interior de su feudo, no fueron menos afortunados al engrandecer y completar las conquistas de Nerra y de Martel. Renunciaron, sin embargo, á las posesiones de la Aquitania, demasiado lejanas y difíciles de guardar, y prefirieron extenderse por el lado Norte á expensas de Normandía. En 1110, Folco *el Joven* tomó definitivamente posesión del Mans. Desde entonces la unidad de la pujanza angevina con su triple elemento territorial (Maine, Turena, Anjou) se constituyó para largo tiempo, y el ducado normando disgregado se convirtió en el punto de mira de la ambición de sus audaces vecinos.

Folco, que llegó un momento á apoderarse de Alençon, llevó sus miras secretas mucho más allá. Intentó repetidamente aliarse con el rey de Francia y con el joven Clitón, su protegido, para separar la Normandía de Inglaterra ó al menos para determinar en el ducado un movimiento aprovechable á sus ambiciones. La guerra contra Enrique I le resultó mal, y se inclinó hacia éste, es decir, del lado del más fuerte. En 1127 el matrimonio de su hijo Godofredo con la heredera del imperio anglo-normando, la ex emperatriz Matilde, le permitió entrever el triunfo definitivo. Fué un casamiento de razón: la desposada era una mujer orgullosa, desagradable, quince años mayor que su marido. Pero debía sacrificarse todo á la brillante perspectiva de la unión de dos dinastías y de dos feudos.

Realizado este gran acto político, Folco V, llamado por los barones del reino de Jerusalén á tomar posesión de la corona real (1129), pudo partir hacia la Tierra Santa. Dejaba á su hijo Godofredo una herencia real, el Anjou, y una sucesión eventual: el ducado de Normandía y el reino de Inglaterra.

Para transformar esta esperanza en realidad fueron precisos á Godofredo *el Hermoso* diez años de una guerra continua y cuatro invasiones en regla de la Normandía. De 1135 á 1144 se le vió luchar á brazo partido contra sus competidores de la casa de Blois, contra el feudalismo normando, contra el clero normando, corriendo de un enemigo al otro, volviendo precipitadamente á Anjou para dar una mano á las ligas de castellanos que su ausencia había animado á surgir, tornando luego á Normandía para acabar con lucha heroica la conquista de un país que no le quería. Esta perseverancia y esta energía extraordinarias obtuvieron al fin su recompensa. El 19 de enero de 1144, Godofredo *el Hermoso* recibía solemnemente la corona ducal en la iglesia catedral de Ruán.

V.—*Los grandes feudos de Bretaña, de Borgoña y de Blois-Champaña* (1)

Mientras ciertos grupos feudales de la Francia del Norte se convierten en *Estados* en que el alto soberano comienza á hacer de gobernante y obra con prontitud y vigor para consolidar su poder, otros, como Bretaña, Borgoña y Champaña, tardan en reorganizarse y se resisten á la centralización.

Había sido la Bretaña en el siglo XI teatro de una prolongada anarquía. En 1066 la reunión de los tres condados de Cornouailles, de Nantes y de Rennes en las manos del duque de Houel pareció dar al poder soberano bastante consistencia para que pudiese comenzar á realizar su obra. Pero el jefe del señorío encontró en Bretaña una dificultad particular que le impidió largo tiempo conquistar la posición que habían sabido ganarse otros feudatarios. Se le disputó el título de duque. Las baronías locales, no contentas con presumir allí como en todas partes de independencia, no cesaban de impugnar su derecho al que detentaba la más alta dignidad del país. El duque de Houel, su hijo Alaíno Fergent, su nieto Conán III no se ocuparon en otra cosa que en mantener su dinastía en posesión de la soberanía siempre inquietada por vasallos turbulentos, los condes de León y de Penthievre, los señores de Porhoët, de Gaël-Montfort, de Combour, de Ancenis, de Vitré. Durante ochenta años (1066-1148), debieron combatir por la existencia: ¿dónde habrían hallado ocasión de fundar un gobierno?

En medio de esas estériles luchas señala la historia la venturosa influencia de una mujer, la angevina Hermengarda, que casó con Alaíno Fergent. Gracias á ella, el concilio de Nantes (1127) decidió la abolición del derecho de fragmento (*bris*), esa odiosa explotación de los naufragos, y la supresión de otra costumbre muy impopular que permitía al señor breton apropiarse los bienes mobiliarios de los cónyuges fallecidos sin herederos directos.

Los tres duques acabados de nombrar no tomaron sino parte muy exigua en los sucesos generales de su tiempo. Por lo menos supieron guardar bien contra las potencias exteriores la independencia de sus feudos. Como sus predecesores, conocieron apenas ni quisieron conocer al rey de Francia. No comparecían en el ejército real sino cuando era convocado todo el cuerpo de vasallos y no podían, sin una traición demasiado manifiesta, dispensarse de enviar algunos soldados. Y aun,

en el momento de la invasión alemana de 1124, Conán III se abstuvo de hacerlo bajo pretexto de que su feudo estaba demasiado lejos. El verdadero soberano de Bretaña en esta época era el duque de Normandía.

nes; sacrificio no muy costoso, ya que el vasallaje de la Bretaña, puramente nominal, nada producía.

A la otra extremidad de la Francia feudal la existencia del ducado de Borgoña y su dinastía capetiana se deslizaban obscuramente. El duque Hugo II, de sobrenombre *el Pacífico*, tenía un temperamento poco militar y una devoción pródiga en liberalidades á las iglesias. Císter era el objeto de su predilección, y los votos de



Godofredo *el Hermoso*. Placa de cobre esmaltado, de la catedral de San Julián, de Mans, que se conserva en el Museo de esta ciudad.

(1) OBRAS DE CONSULTA.—Véase más arriba, página 462, la bibliografía relativa á los duques bretones. E. Petit, *Histoire des ducs de Bourgogne de la race capétienne*, tomo II, 1886. D'Arbois de Jubainville, *Histoire des ducs et comtes de Champagne*, t. II, 1863.